

CAPITULO IX.

Butler no sentía ni fatiga ni apetito, aunque la manera con que había pasado la noche anterior, debió haberle causado uno y otro; pero los olvidó por los deseos que tenía de hacer alguna cosa por la hermana de Jeanie.

Se dirigía ácia Edimburgo á pasos tan precipitados, que tenían visos de carrera; pero habiendo querido tomar una senda para adelantarse terreno, estaba de tal modo embebido en sus reflexiones que volvió á la derecha en vez de volver á la izquierda, y así cuanto mas prisa se daba, mas se alejaba de Edimburgo.

Le sacó de su distracción la voz de un hombre que venía á caballo detras de él, y le llamaba por su propio nombre. Se volvió, y descubrió al Laird de Dumbidikes, que picaba á su caballo para alcanzarle, conociendo al mismo tiempo que se había equivoocado en el camino.

¡Oh! ¡oh! gritaba el Laird al acercarse á él pudiendo apenas detener á su caballo, que oía

ya la caballeriza; jamas he visto un animal tan voluntarioso.

Butler, incomodado por aquel encuentro que iba á retardarle la marcha, hubiera de buena gana vuelto atrás, para recobrar el camino de Edimburgo, sabiendo muy bien que todos los esfuerzos de Dumbidikes no hubieran sido bastantes para determinar á su caballo á mudar de camino. Sin embargo, se paró, y el Laird, despues de haber tomado aliento como cosa de dos á tres minutos, le dijo: ¡qué buen día para la cosecha; M. Butler!

-- Muy hermoso, contestó Butler dando un paso como para alejarse.

-- Un instante, un instante, exclamó el Laird: no era esto lo que yo tenía que deciros.

-- Pues despachaos pronto, le contestó Butler; sabeis que estoy de prisa, y *tempus nemini*. Vos sabeis el refran.

Dumbidikes, ni conocía el refran, ni tenía visos de conocerle, ni trató, como lo hubieran hecho otros muchos en su lugar, de aparentar á lo menos que le conocía, antes por el contrario, viendo que no podía ni tener fondo para contestar, recogió todas sus entendaderas para el gran negocio que le ocupaba.

-- M. Butler, ¿sabéis si M. Saddletree es un gran jurisconsulto?

-- Yo no tengo mas que su palabra para creerlo, le contestó Butler con frialdad; pero sin duda él se conocerá á sí mismo.

-- ¡Si! le respondió el Laird con un tono significativo: ya os comprendo M. Butler; pues en ese caso yo encargaré á mi abogado M. Novit la defensa de Effie.

Habiendo manifestado con esta contestacion mas sagacidad que la que Butler esperaba de él, saludó á este quitándose el sombrero é intimó con el talón á su caballo la orden de seguir su camino, á la que obedeció con aquella prontitud que manifiestan siempre los hombres y los animales, cuando se les manda hacer alguna cosa que está conforme con su inclinacion.

Butler se puso en camino y no tardó en llegar delante de la puerta de la prision, ó para hablar mas correctamente, delante del parage en donde estuvo la puerta. Su entrevista con el desconocido, misterioso, el mensaje de que le habia encargado para Jeanie, y la conversacion que habia tenido con ella sobre este objeto, todo esto ocupaba de tal modo su imaginacion,

que no pensaba ya en el trágico suceso de que habia sido testigo involuntario la noche precedente. Tampoco hizo atencion á los grupos de gentes que encontró por las calles hablando en voz baja, y que callaban cuando veian acercarse algun desconocido, ni á las patrullas de tropa que recorrían la ciudad, ni al aire inquieto de aquel pueblo bajo, en el que todo el mundo conocia que culpado ó no podia ser sospechado de haber tomado parte en los acontecimientos que habian ocurrido.

Nada de esto llamó la atencion de M. Butler: todos sus pensamientos estaban ocupados en un objeto bien diferente, y mucho mas interesante para su corazon. Pero cuando se halló delante de la entrada de la cárcel, cuando vió las paredes ennegrecidas por el fuego que habia consumido la puerta, y una doble fila de granaderos que reemplazaba los cerrojos, entonces todos los horrores de la noche precedente se renovaron en su memoria. Sin embargo, no por eso se detuvo: antes por el contrario, penetró por entre los granaderos y preguntó si podria hablar á Effie Deans.

-- Yo creo, dijo el carcelero sin contestar directamente á su pregunta, que vos vinis-

teis ayer al anochecer á preguntar por ella.

-- Yo mismo, contestó Butler.

-- Si, si, replicó el carcelero: vos me visteis cerrar la puerta, y me preguntasteis si era á causa del incidente del capitán Portews, que yo cerraba la puerta antes de la hora ordinaria

-- Es posible, pero lo que yo os pido en este momento es ¿ si puedo ver á Effie Deans?

-- Entrad, entrad: subid esa escalera á la derecha, y entrad en la primera habitacion que encontréis á mano izquierda.

El carcelero seguia á Butler con su rastro de llaves en la mano, sin olvidar la enorme de la puerta principal, que apesar de que era inútil en aquel momento, se hallaba con las otras en el rastro y la llevaba por costumbre; pero apenas hubo entrado Butler en la habitacion que le habian indicado, cuando oyó que cerraban la puerta con todos sus cerrojos.

Butler no concibió ninguna sospecha, pues no habiendo entrado nunca en ninguna carcel se imaginó que era estilo encerrar á los que iban á visitar á un preso hasta que se llamase á éste; pero habiendo pasado algun tiempo sin que comparciese Effie Deans ni persona alguna, llamó al carcelero, quien se dejó ver al traves

le una pequeña reja de seis pulgadas abierta en la misma puerta. -- Amigo mio, le dijo Butler, el asunto por el que quiero hablar á Effie Deans es muy urgente: no me hagás esperar mucho tiempo.

-- Bueno, bueno, le contestó el carcelero.

Butler poco satisfecho de esta respuesta y del aire con que fue hecha, añadió: -- Si fuese contra las reglas de la cárcel el que yo hable ahora á vuestra presa, preferiria volver mas tarde, porque tengo hoy muchas cosas que hacer, y vos sabeis que *fugit irrevocabile tempus*.

-- Si teniais muchas cosas que hacer, le contestó el hombre de las llaves, creo que hubierais hecho bien en despacharlas antes de venir aqui; porque vereis por esperiencia, que es mas facil entrar en esta casa, que salir de ella, y podreis aplicar, ya que conoceis el latin, aquella hermosa espresion que no dudo os vendrá á la mano: *facilis descensus averni; sed retroire gradum, superasque evadere aduvas, hoc opus, hic labor est*. Pero en fin, ya estais aqui, y no creo que otro tropel de amotinados venga á sacaros: las leyes han recobrado su vigor como lo sabreis á vuestra costa; con que á Dios vecino.

-- ¿Qué quereis decir, señor? Vos me tomáis seguramente por otro. Yo me llamo Ruben Butler, predicador del evangelio.

-- Yo lo se, yo lo se muy bien.

-- Pues si lo sabeis bien, creo poder preguntaros ¿con qué derecho pretendéis detenerme aqui? ¿Ignorais acaso que no se puede prender á ningun vasallo de S. M. Británica sin un mandato espreso del juez?

-- ¡Mandato!.. El mandato está ahora en Liberton con dos oficiales del Scherif encargados de ponerle en egecucion. Si hubierais estado en vuestra casa como un hombre honrado y tranquilo, hubierais tenido el gusto de verlo. Pero vos mismo habeis venido á meteros en la ratonera: ¿podia yo acaso impedirlo?

-- ¡Con que yo no podré ni ver á Effie, ni salir de aqui!

-- No, amigo mio, no; dejad á la pobre muchacha que se ocupe de sus negocios, que vos bastante que hacer tendreis con los vuestros, y en cuanto á vuestra salida es el magistrado quien debe decidir. Pero á Dios, que espero al carpintero, que debe venir á poner una puerta nueva en lugar de la que quemaron la noche última vuestros buenos amigos, M. Butler.

Todo esto tenia sorprendido y asustado al pobre Butler. No es en manera alguna agradable el verse preso aunque sea por una falsa acusacion, y hombres dotados de mas esfuerzo y de una constitucion mas robusta que Butler se hubieran encontrado abatidos. Este no carecia sin embargo de la resolucion que da la persuasion de la inocencia; pero una idea confusa de los peligros á que podia estar espuesto se presentaba á su imaginacion y le afligia. Trató de recordar todos los acontecimientos de la noche anterior, con la esperanza de encontrar algun medio de esplicar y de justificar su conducta; pues no dudaba ya, que estuviese detenido porque le habian visto á la cabeza de los reboltosos, y se afligia sobre manera cuando reflexionaba que no conocia á nadie á quien poder citar de los que habian sido testigos de los esfuerzos que hizo repetidas veces, aunque siempre inútiles, primero para que no le detuviesen, y luego para salvar la vida del desgraciado Portews. El deplorable estado de la familia de Deans, la peligrosa situacion de Effie, la cita sospechosa á que Jeanie habia prometido acudir, y que él no podia en manera alguna

impedir, entraban por una gran parte en sus reflexiones, y en su aflicion.

Por impaciente que estuviese de obtener algunos datos seguros sobre la causa de su arresto y de recobrar su libertad, si era posible, se halló sobrecogido por un temblor involuntario que le pareció de mal agüero, cuando al cabo de una hora de haber estado en aquella habitacion, recibió la orden de comparecer delante del magistrado. Se le hizo salir de la cárcel escoltado por un fuerte destacamento de tropa, y con aquel aparato de precauciones que tan ridiculamente se toman siempre despues de un acontecimiento desagradable, que seguramente se hubiera evitado si se hubiesen tomado antes.

Se le introdujo en la sala del consejo, nombre que se da á la pieza en donde los magistrados tienen sus sesiones; y que estaba á corta distancia de la cárcel. En ella se encontraban dos ó tres senadores de la ciudad, que parecian ocupados en examinar á un hombre que estaba en pie delante de un mesa redonda cubierta con un paño verde, al extremo de la cual estaban sentados los senadores.

— ¿Es el predicador? preguntó uno de los

magistrados al dependiente de policia, que condujo á Butler. Habiendo éste respondido afirmativamente, bueno, añadió el mismo magistrado: que espere un poco, que nosotros nos ocuparemos de su asunto en el instante que despachemos el de este pobre hombre. No tardaremos mucho.

-- ¿Haremos salir á M. Butler? preguntó el dependiente de policia.

-- No, dijo el magistrado; no es menester, dejadle en donde está y que tome asiento.

En vista de esta disposicion del magistrado se hizo sentar á Butler en el fondo de la sala entre dos granaderos.

La sala era vasta y de poca luz; pues no tenia mas que una ventana, y ésta algo elevada; pero sea casualidad ó sea efecto de un cálculo premeditado de arquitectura, que habia previsto las ventajas que se podian sacar de aquella disposicion, la luz daba precisamente en el parage en que se colocaban los reos que se presentaban á ser interrogados, mientras que el lado de la sala en donde estaban sentados los magistrados se entraba absolutamente á la sombra.

Butler examinó con atencion al preso que

interrogaban con la idea de encontrar tal vez en él uno de los principales conspiradores que había visto la noche precedente; pero aunque las facciones de su cara fuesen decididas, no pudo acordarse de haberle visto jamás.

Este era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo negro mezclado de algunas canas, y cortado quasi en ras de la cabeza. Su fisonomía anunciaba más bien un bribón que un malvado, y manifestaba más astucia que ferocidad. Sus ojos negros y vivos, su modo de mirar atrevido, y su risa sardónica le daban un aire, que vulgarmente podremos llamar de *pilto*; pero no de un hombre endurecido en el mal. En una feria ó en un mercado se le hubiera tomado por un chalan consumado en todas las reglas del arte de la truanería; y en un sitio solitario no se hubiera tenido de él ninguna violencia. Llevaba un lebita ó sortu pardo abrochado de arriba abajo con gruesos botones de metal, y unos botines azules, en términos que poniéndole un látigo en la mano se hubiera completado el verdadero retrato de un chalan.

-- ¿Vos os llamais James Rateliffe? le preguntó uno de los magistrados.

-- Yo, contestó el preso, salvo el buen parecer de V. S. me llamo así.

-- Es decir, contestó el magistrado, que encontrarais otro nombre, si este no fuese de mi aprobación.

-- Veinte encontraría yo á escoger, con el permiso de V. S.

-- En fin, James Rateliffe es el nombre que teneis hoy. Pues bien, ¿y qué oficio teneis?

-- Yo no se muy bien, si yo tengo lo que V. S. llama un oficio.

-- Pero ¿cuáles son vuestros medios de existencia? ¿cuáles vuestras ocupaciones?

-- ¡Bah! V. S. sabe esto tan bien como yo.

-- No importa; es preciso que vos me lo digais.

-- ¡Bah! ¡Usial! ¿Yo he de decir eso? ¿y se lo tengo de decir á V. S.? Vaya, con el permiso de V. S. V. S. no conoce aun á James Rateliffe.

-- Dejemonos de evasiones, yo insisto en que vos me lo digais.

-- Pues bien; pues que V. S. lo exige, es preciso descargar mi conciencia. Pero V. S., yo estoy aquí con el permiso de V. S., para pedirle un favor. V. S. me pregunta ¿cuales son

mis ocupaciones? Pero... esto... no es una cosa que se pueda decir en un lugar como este.. Pero ¿qué dice el octavo mandamiento?

El magistrado tuvo la bondad de contestarle: *no hurtarás.*

-- ¿Está V. S. bien seguro? Pues entonces V. S. mis ocupaciones y este mandamiento no estan de acuerdo; pero no es por falta mia, pues siempre me lo han hecho leer: *tú hurtarás:* y aunque la diferencia no está mas que en las dos primeras letras, hay gentes que hallan que el resultado no es el mismo.

-- En una palabra, es decir, que vuestras ocupaciones eran el robo.

-- Señor, respondió Rateliffe con la mayor desfachatez, yo creo que hasta los niños lo saben en toda Escocia, tanto en las montañas como en las tierras bajas, sin hablar de Inglaterra y de la Holanda. Yo pensaba que V. S. me preguntaria alguna cosa que nadie supiese.

-- Sea enhorabuena. Pero ¿qué fin presumis que tendrán vuestras ocupaciones?

-- Si V. S. me lo hubiera preguntado ayer, me parece que podria haber contestado sin detenerme y con bastante precision; pero.. hoy.. no se... no se aun muy bien que responderé

-- ¿Y qué me hubierais respondido ayer?

-- La horca, contestó Rateliffe sin detenerse, y con la mayor tranquilidad.

-- Vois vous un tunante muy particular. ¿Y qué puede hacerlos creer que vuestra suerte se ha mudado hoy?

-- Es que hay mucha diferencia entre estar uno preso con una sentencia de muerte, ó quedarse en la cárcel de buena voluntad, cuando uno puede salir de ella. ¿Quién me hubiera impedido ayer el irme con los que fueron á buscar á Portews? ¿V. S. cree que yo me he quedado alli por el placer de hacerme ahorcar?

-- No se cuales son los motivos que pueden haberos determinado á permanecer en la cárcel; pero si se que la ley os ha condeñado á ser ahorcado, y que lo sereis del miércoles en ocho dias.

-- No, no señor, eso no; dijo Rateliffe riéndose y meneando la cabeza; V. S. quiere divertirse. Yo no lo creeré hasta que lo vea. Yo conozco la ley hace mucho tiempo: no es esta la primera vez que yo tengo negocios con ella, y he visto siempre que hace mas ruido que mal, y que muchas veces ladra, pero no muerde.

-- Pero si no no esperais ser conducido á la horca, á la que estais coudenado, ¿me hareis el favor de decirme cuáles son vuestras esperanzas para no haber tomado vuestro buelo con las demas aves nocturnas que teniais por compañeros? Yo confieso que no esperaba de vos semejante conducta.

-- Es verdad que yo no me hubiera quedado ni un minuto en esa hedionda casa, si no me hubiera dado la ventolera por un puesto que quiero ocupar en ella.

-- ¡Un puesto!... un puesto contra un pilar para ser alli bien azotado, si obteneis una comutacion de pena.

-- ¡Azotado! V. S.: no, no, no señor; esto no me ha pasado nunca por la cabeza. Despues de haber sido condenado cuatro veces á ser ahorcado por el pescuezo *hasta que muerto sea*: yo no soy un hombre ya á quien se azota.

-- Pero, ¿qué esperais pues?

-- El puesto de segundo llavero, salvo el buen parecer de V. S., pues se que está vacante. El de verdugo lo está igualmente, pero no me conviene; porque, si yo no he hecho mal en toda mi vida ni á una mosca ¿como podria hacer morir á un cristiano?

-- Confieso, dijo el magistrado, que encuentro en vuestra determinacion de quedaros en la cárcel, cuando pudiste escaparos, cierta cosa que depone en vuestro favor. Pero aun cuando se os perdonase la vida, ¿cómo podeis imaginarnos que se os confiera un puesto en una cárcel, á vos que habeis sabido escaparos de mas de la mitad de las de Escocia?

-- Con el permiso de V. S., esta es una razon demas para dármele; porque si yo conozco tan bien los medios para salir, es probable que conoceré también el modo de impedir que los demas se aprovechen de ellos. Seria menester ser bien listo para retenerme en la cárcel contra mi gusto; pero seria menester serlo mucho mas aun, para salir de ella á pesar mio.

Esta observacion pareció hacerle fuerza al magistrado; pero no respondió nada, y dió la orden para que le recondugesen á la cárcel.

Quando este astuto tunante salió de la sala del consejo, el magistrado preguntó á su escribiente que pensaba de la resolucion de aquel chulo.

-- Señor, respondió éste: no me pertenece hablar sobre la materia; pero si vos me lo permitis os diré, que si James Rateliffe qui-

siese inclinarse al bien, así como hasta ahora lo ha estado al mal, jamás ha entrado por las puertas de Edimburgo un hombre más á propósito, ni que pueda ser más útil á la ciudad para rastrear á los ladrones y cogerles sus vueltas: yo creo que convendría hablar de ello á M. Sharpitan.

Después de la salida de Rateliffe, se hizo adelantar á M. Butler para interrogarle. El magistrado condujo su pesquisa con urbanidad, pero de modo que dejaba ver que tenía violentas sospechas contra él. Butler, con la franqueza natural de su carácter, y tan conforme con su estado, confesó francamente que había sido testigo involuntario del asesinato de Portews; y á consecuencia de la pregunta del magistrado contó las circunstancias de aquella catástrofe, que nuestros lectores conocen ya, y de las que el amanuense estendía el correspondiente testimonio.

Quando acabó su relación, empezó él el interrogatorio. Es siempre penoso y difícil el contestar á él, aun para el hombre más inocente; pues por más que procure usar en sus respuestas de la mayor claridad y precisión, un error, un olvido, una palabra ó una frase am-

bigua pueden algunas veces prestar á la verdad los colores de la mentira.

El magistrado observó desde luego que Butler había declarado que volvía á Libberton quando fue detenido por el tropel de los rebolotosos á la parte afuera de la puerta del Oest, y le preguntó con un tono algo irónico si tomaba siempre aquel camino para ir de Edimburgo á Libberton.

-- No, ciertamente, le contestó Butler; yo pasé ayer por esa puerta porque era la más inmediata al sitio en que me encontraba, y estaba ya cerca la hora de cerrarlas.

-- Es una triste casualidad, contestó el magistrado: pero pues que vos pretendéis no haber seguido el tropel sino á pesar vuestro, y haberos visto obligado á ser espectador de una escena que repugna á la humanidad, y sobre todo á vuestro estado, y al vestido que lleváis; ¿por qué no hicisteis alguna tentativa para resistir ó para escaparos?

-- No pude resistir á una muchedumbre furiosa, y observaban con demasiado cuidado para poder escaparime.

-- Ann esto también es sensible.

El magistrado continuó su interrogatorio con decencia y urbanidad; pero con una rigidez mezclada de ironía, sobre todos los acontecimientos que habian ocurrido, y sobre la cara y vestido de los gefes del tropel; y cuando vio que era conveniente adormecer la prudencia de Butler, si éste trataba de engañarle, volvió con destreza sobre las preguntas que ya le habia hecho, le pidió nuevas esplicaciones sobre los pormenores mas minuciosos; pero no descubrió ninguna contradiccion que pudiese darle la menor sospecha.

En fin, llegaron á hablar del gefe misterioso Wildfire, y cuando el magistrado pronunció su nombre por la primera vez, éste y su amanuense se dieron una mirada significativa. Si la suerte de la ciudad de Edimburgo hubiese pendido del conocimiento que este digno magistrado pudiese adquirir de sus facciones y de su vestido, no hubiera ni mas, ni mas repetidas preguntas; pero Butler no podia satisfacerle, porque la cara de dicho personage se hallaba emborronada de encarnado y negro, como la de un salvaje que va á la guerra, y su cabeza estaba cubierta con un gorro de mu-

ger. Declaró además que no podría conocerle si le viese; á no ser por la voz, aunque no tenia mucha seguridad.

-- ¿Por qué puerta salisteis luego de la ciudad? le preguntó el magistrado.

-- Por la del Oúest.

-- ¡Aun! Sin duda teniais ayer una inclinacion decidida por esa puerta. ¿La de Cowgate, no os hubiera conducido mas directamente á Libberton, y no está mas cerca de Grasmasket?

-- Es verdad; pero yo no iba á Libberton. al contrario; yo me proponia ir á ver uno de mis amigos en San Leonardo.

-- ¿Sin duda para contarle las escenas de que habiais sido testigo?

-- No le he dicho ni una sola palabra.

-- ¿Teniais algun motivo para guardar silencio con respecto á esto?

-- Tenia que hablarle de asuntos personales que le interesaban mas.

-- ¿Por qué camino fuisteis á San Leonardo?

-- Por las rocas de Salisbury.

-- En verdad, parece que preferis siempre los caminos mas largos. ¿Y encontrasteis alguna gente cuando salisteis de la ciudad?

-- Butler le contó entonces los grupos de gen-

tes que habia visto, como hemos dicho ya, y le habló del hombre misterioso que encontró en el valle de Salisbury. Butler deseaba no entenderse mucho sobre este particular, pero inmediatamente que el magistrado le oyó hablar de este incidente, resolvió conocer todas las particularidades de aquella entrevista.

-- Escuchadme, M. Butler, le dijo el magistrado. Vos sois un jóven que gozais de una excelente reputacion; yo mismo depondré en vuestro favor. Pero desgraciadamente desde la reunion de ambos reinos, se encuentran hombres de vuestra religion y de vuestro estado irreprensibles. si se quiere en su conducta; pero poco adictos al gobierno, y que no se hacen escrúpulo en proteger las infracciones de las leyes. Yo quiero hablaros francamente.... yo no estoy muy contento con vuestras respuestas. Vos salis dos veces de Edimburgo por la misma puerta para ir á dos sitios diferentes, y siempre tomais el camino mas largo: ninguno de cuantos he examinado sobre este funesto acontecimiento ha visto en vuestra conducta la menor cosa que pueda hacerle creer que os retenian por fuerza. Los guardas de la puerta de Ouest os vieron entrar á la cabeza del

tropel, detrás del tambor, y han declarado ademas que vos fuisteis el primero que les dió la orden de abrir la puerta cuando salisteis la segunda vez con un tono de autoridad como si estuvieseis aun á la cabeza de una tropa de facciosos.

-- Dios se lo perdone, exclamó Butler; se han engañado torpemente, si no han tenido la intencion de calumniarme.

Yo me hallo dispuesto, M. Butler, á interpretar favorablemente vuestros motivos, y vuestra conducta; aun mas, deseo poderlo hacer; pero es menester que seais franco conmigo. Me habeis hablado muy por encima del individuo que encontrasteis en el valle de Salisbury; es indispensable que yo sepa todo lo que ocurrió en aquella entrevista.

Butler, instado de un modo tan positivo, y no teniendo otra razon para hacer un misterio que la de hallarse interesada en aquella ocurrencia Jeanie Deans; creyó que lo mejor de todo seria decir la verdad sin restriccion alguna.

-- ¿Y creéis, le preguntó el magistrado, que esta jóven acepte una cita tan misteriosa?

-- Yo lo temo; respondió Butler.

-- ¿Por qué decís que lo teméis?

-- Por que yo creo que no es prudente el ir á encontrarse sola á tal hora, y en tal sitio con un hombre, cuyo tono y maneras, y el misterio con que se cubre no inspiran confianza.

Ya se tendrá cuidado de ella, dijo el magistrado. Ye siento, M. Butler, no poder mandar en el momento que seais puesto en libertad; pero no estareis detenido mucho tiempo. -- Que conduzcan á M. Butler á la cárcel; pero que se le coloque en una habitacion decente, y que se tengan por él todas las consideraciones que le son debidas.



CAPITULO X.

Dejemos á Butler entregado á las tristes reflexiones que le inspiraba su situacion, y que giraban principalmente sobre la imposibilidad á que le reducía su prision de ser útil á la familia de San Leonardo, y vamos á encontrar á Jeanie, que quedó desconsolada al verle partir sin haber tenido con él una mas larga explicacion.

El corazon, aun el mas firme (y que Jeanie bajo su corsé de lana tenia uno que podia hacer honor á la hija de Caton) no puede ser siempre dueño de sus consentimientos. Jeanie lloró amargamente algunos minutos, sin tratar de contener sus lágrimas. Pero cuando pasado este corto tiempo, la reflexion recobró su imperio, se avergonzó de haber llorado por sus propios males, hallándose su padre sumergido en la mas profunda afliccion, y su hermana puesta al peligro de perder la vida.

Sacó del bolsillo una carta que habia sido